

„ príncipe Nezahualcoyotl vive bueno y sano.” El príncipe sonriéndose le dijo: „Tambien le dirás de mi parte „ que estoy ya bien enterado de sus traiciones; pero „ que tenga entendido que no podrá lograr sus intentos, „ porque soy inmortal, y presto le haré conocer el poder de mi brazo.”

Confuso partió el mensajero, y habiendo llegado al medio dia á Azcapuzalco, dió cuenta de todo el suceso al emperador, que lleno de pavor y espanto, quedó confuso y admirado, sin saber lo que le sucedia. Mas á poco rato salió de su confusion, porque habiéndose divulgado luego en Tezcoco el suceso y cambio de las personas, y que el muerto habia sido el labrador, y el príncipe vivia, partió luego el gobernador Tlilmantzin á dar aviso á Maxtla, quien convirtiendo en ira el asombro al verse burlado, determinó quitarse el embozo, y proceder abiertamente contra el príncipe, para cuyo efecto mandó llamar á cuatro capitanes de los de su mayor confianza, siendo uno de ellos el mismo Xochicalcatl que acababa de retirarse, y á quien dió la comandancia de la empresa, y los otros tres Huehuetlicpic, Tlatolpicac é Ixtlahuehuequetzi, y les dió la orden de que con la mayor brevedad y sigilo juntasen alguna gente de la mas valerosa de su ejército, y marchando prontamente á la ciudad de Tezcoco, quitasen la vida á Nezahualcoyotl, del modo y en la manera que pudiesen, y á Tlilmantzin le mandó que sin dilacion se volviese á Tezcoco, para hallarse presente á la ejecucion de su orden, y dar á su gente el auxilio que necesitase, previniendo y estorbando cualquier movimiento que pudiera suscitarse.

Obedeció Tlilmantzin, y al anochecer se embarcó

para Tezcoco. Los capitanes partieron luego á ejecutar la orden; y para hacerlo con sigilo no juntaron prontamente mucha gente; pero la que aprestaron fué de la mas valerosa y bien disciplinada, y con ella se embarcaron ya entrada la noche, dejando las órdenes convenientes para que se juntase mas tropa y los siguiese á Tezcoco.

CAPITULO XLVI.

El señor de Cohuatepec, noticioso de la resolucion de Maxtla, parte con su gente, la de Cohuatlican y Huezotla á Tezcoco en favor del principe, quien piensa ponerse en defensa; pero por consejo del infante Quauhtlehuantzin resuelve huir para Tlaxcallan: mas no quiere ejecutarlo hasta que llegue la gente de Azcapuzalco. Llegan los enviados de Maxtla al medio dia, y los recibe con mucho agrado, los obsequia, y hace dar de comer, disimulando que sabe el fin de su venida.

Al tiempo que Maxtla dió sus órdenes á los capitanes para marchar contra el príncipe se hallaba presente un hombre ordinario, natural de Cohuatepec (cuyo nombre no dicen) de los que estaban actualmente haciendo el servicio personal, el cual era muy afecto al príncipe Nezahualcoyotl, y sabia muy bien que su señor era uno de los mas parciales y allegados, y por hacer servicio á uno y á otro partió con velocidad para Cohuatepec, donde llegó á media tarde, y dió cuenta a su señor Tomihuatzin de todo lo que pasaba, y la orden que el tirano habia dado de quitar la vida al príncipe.

Oyendo esto Tomihuatzin, sin perder tiempo, juntó á todos los caballeros, capitanes y gente ilustre de Cohuatepec, y marchó con ellos á Tezcoco para poder socorrer al príncipe, resuelto á declararse á su favor contra Maxtla. No siguió en derechura el camino para Tezcoco, sino rodeando por Cohuatlican y Huexotla.

Habia hecho el tirano á Cohuatlican una de las principales plazas, en que tenia numerosa guarnicion, y habia dado el señorío de ella á un señor tecpaneca, llamado Quetzalmaxistli; pero la nobleza y gente principal de allí era afecta al príncipe, y ocultamente favorecia su partido. El señor de Huexotla y toda la nobleza y plebe de allí habian sido siempre y descubiertamente sus partidarios, y á unos y á otros dió Tomihuatzin la noticia, para que saliéndose aquellas de la ciudad con secreto, y estos sin disimulo, le acompañasen á Tezcoco á hallarse prontos á la defensa y socorro del príncipe, el cual se habia restituido á aquella corte la noche ántes luego que el capitan Xochicalcatl partió de Méjico para Azcapuzalco.

Llegaron, pues, estos señores y su comitiva al amanecer del dia siguiente, fingiendo que iban á jugar á la pelota con el príncipe que se entretenia de ordinario en esta diversion, dando á entender que vivia contento en la esfera de caballero particular, y muy ageno de pensar en recobrar su imperio, cuyas negociaciones trataba con gran viveza, pero con mucho secreto y profundo disimulo. Llegados á su presencia los dichos señores con la gente que les acompañaba, le dieron noticia de todo lo que pasaba, y que presto llegarían los capitanes y gente de Azcapuzalco que iban á poner en ejecucion las órdenes de Maxtla, y le dijeron que ve-

nian con aquella gente para ayudarle á defender su vida, y á recobrar su imperio, porque ellos eran de dictámen de que no sufriese mas tiempo la tiranía de Maxtla, pues bastaba ya de padecer y disimular. Que los mas principales señores, y todos sus leales vasallos, estaban prontos á ayudarle, y luego que le viesen en campaña se le juntaria un poderoso ejército. Que ya era tiempo de sacudir el yugo de tan dura servidumbre, y de libertar á sus súbditos de la pesada carga que les oprimia. Que los señores de Tlaxcallan, Huexutzinco, Tepeyacac, y los demas de montes á fuera, habian ya juntado tropas, y luego que le viesen en campaña acudirían con ellas á su socorro: y que finalmente debia contar con todos los mejicanos y tlatelolcas que sin duda alguna se agregarían á su partido.

Era esta resolucion muy conforme al gallardo aliento del príncipe, y así sin detenerse á pensarla resolvió prontamente seguirla. Mas á este tiempo el infante Quauhtlehuantzin, hermano natural del príncipe, hombre maduro, y capitan veterano y experto, tomó la mano y se opuso á ella, diciendo que de ningun modo le parecia conveniente seguir esta resolucion, que se fundaba principalmente en esperanzas falibles; porque el socorro que habian traído estos señores, y la gente que podia juntarse de la casa del príncipe, sus deudos y criados eran muy débil apoyo para sostener una declaracion semejante contra un monarca tan temido y poderoso como Maxtla, que en ménos de un dia podia levantar en su corte cuatriplicado número de tropa, compuesta de gente ilustre y capitanes valerosos. Que aunque era cierto que los mas señores del imperio se habian declarado ya secretamente al príncipe por sus

parciales, y ofrecido á ayudarle á restaurar su reino, en llegando la ocasion, y mas siendo esta tan intempestiva, muchos faltarian á cumplir su oferta, ó de temor, ó por no hallarse con la prevencion necesaria para ello. Que aunque los vasallos del imperio, y singularmente los moradores de la corte de Tezcoco, se manifestaban no solo parciales sino deseosos de ayudar á su señor, como quiera que todos estaban divididos y subordinados en su gobierno á diversos señores, era de temer que en esta ocasion no todos pudiesen cumplir su deseo, y se viesen obligados á seguir el movimiento de los príncipes que los gobernaban; y los de Tezcoco, estando mandados por su traidor hermano Thilmatzin, que era parcial del tirano, cuando no pudiese obligarlos á auxiliar á los enemigos, á lo ménos embarazaria que auxiliasen al príncipe. Que aunque los señores de Tlaxcallan, Huexutzinco, y los demas de montes á fuera tenian ya junta y armada alguna gente, ni era esta en tanto número que pudiesen asegurar al príncipe de un feliz éxito, ni podia venir al socorro tan prontamente como era necesario en un lance tan urgente; y finalmente no podia contarse tampoco con los mejicanos y tlatelolcas, porque acababa de verse lo acobardados y tímidos que estaban, pues habiendo dado Maxtla muerte á sus reyes naturales, y tan amados de ellos, ni la gente plebeya ni la noble habia tenido aliento para moverse, y hallándose como se hallaban en la actualidad sin reyes que los gobernasen, y ocupada toda su atencion en el negocio de elegir otros nuevos, ménos debia esperarse de ellos el socorro, porque divididos en bandos, consumirian el tiempo en disputas, sin tomar resolucion; y así su dictámen era que para evadir el gol-

pe que en el dia amenazaba á la vida del príncipe, el remedio mas oportuno era la fuga, para la cual y hacerle espaldas era suficiente el socorro que habian traído los dichos señores, y los deudos y criados de su casa, hasta que avisados los príncipes de su peligro, y prevenidos de la gente necesaria, pudiesen concurrir á un tiempo, y ponerle en estado de defenderse á cara descubierta, y recobrar su reino.

Nadie se atrevió á replicar al infante, y el mismo Nezahualcoyotl á pesar de su ardimiento mostró rendirse á la cuerda propuesta de su hermano; pero dijo que no tenia por necesario ni conveniente emprender desde luego la fuga, sino esperar el lance forzoso, y aguardar á que llegase la tropa de Azcapuzalco: que estando ya sobre aviso, con el resguardo de la gente que le acompañaba, y todos alerta para atisbar los movimientos del enemigo, no era fácil que le sorprendiesen, y podia huir siempre que lo pidiese el caso.

Respondióle el infante, que quisiera que al momento y sin dilacion partiese el príncipe á la provincia de Tlaxcallan, sin ser sentido de la gente de la ciudad, ni aun de los criados inferiores de su casa, ántes que con la llegada de los de Azcapuzalco se hiciese público el intento de Maxtla, y aguardando la forzosa pudiese haber algun traidor ó adulator que expiándole los pasos diese noticia á sus enemigos del rumbo que tomaba, para que le siguiesen el alcance. El efecto probó despues la solidez con que pensaba Quauhtlehuanitzin, y lo bien fundado de sus temores, como luego veremos: pero finalmente siguió el príncipe su propio dictámen, y para esforzar el disimulo, valiéndose del pretexto que aparentaron los dichos señores, salió con ellos y los

criados principales de su casa á una placeta que habia delante de su palacio. y se puso á jugar con ellos á la pelota.

Era todavía bien de mañana, y á esta hora llegó á Tezeoco el gobernador Tilmatzin, que fingiendo atenciones de afecto y amistad, se fué en derechura al palacio de Nezahualcoyotl. Hallóle entretenido en su juego, y le hizo muchas expresiones de afecto y regocijo de verle vivo, cuando le habia llorado por muerto; y procurando indemnizarse de la complicidad en el suceso del festin, fingió que con ánimo sincero y fraternal amor lo habia dispuesto para obsequiarle. Oyóle el príncipe con mucha serenidad, y con un semblante muy placentero correspondió en iguales expresiones, dándose por muy satisfecho, y disimulando grandemente ser sabedor de sus traiciones pasadas y presentes. Convidóle á divertirse con él á la pelota; mas Tilmatzin se excusó con el pretexto de sus ocupaciones, y á poco rato se retiró á su casa.

Era ya cerca del medio dia, á tiempo que el príncipe estaba jugando con un criado suyo llamado Ocelox, cuando vió venir desde léjos á los capitanes de Azcapuzalco, y sin darse por entendido ni decir palabra á los de su comitiva, fingiendo una diligencia precisa se entró en su palacio. Llegaron á poco rato los cuatro capitanes, con algunos pocos caballeros de los que les acompañaban, porque la demas gente la dividieron y la mandaron apostar en varios parages de la ciudad. Llegaron preguntando por el príncipe á uno de los caballeros de su comitiva, llamado Coyohuatzin, y habiéndoles respondido que acababa de entrarse adentro, dijo el capitan Xochicalcatl que le avisasen que esta-

ban allí unos capitanes de Azcapuzalco, que querian hablarle. Entró un portero á avisar al príncipe, y ellos entretanto se quedaron en la puerta. Mandó el príncipe que Ocelox los recibiese y los introdujese á la sala que estaba destinada para recibir á los forasteros, y le preguntase el motivo de su venida. Hizolo así Ocelox, y habiéndolos introducido á la sala les preguntó qué querian, y á qué fin eran venidos: á que respondieron que eran embajadores del emperador, y venian de su parte á tratar ciertos negocios con el príncipe Nezahualcoyotl. Entró Ocelox á darle cuenta, y á poco rato salió el príncipe acompañado de un caballero anciano, que habia sido uno de sus ayos, llamado Cematzin, y de otros de los señores que le asistian, y tras él muchos criados con flores y poquities para obsequiar á los embajadores, segun lo tenian ellos de costumbre.

Estos poquities ó acayotes (nombres castellanizados que les dan nuestros escritores) eran unos cañutos de carrizo, de un palmo poco mas ó ménos de largo. Estos los rellenaban de una pasta que hacian de yerbas aromáticas, entre las que las mas usadas eran las del lequidambar que llamaban xochicocozot, y el tabaco que en la lengua nahuatl se llama yetl, ó picietl, ó quauhietl, segun las tres especies de ella que distinguian. Formaban, pues, la pasta de estas yerbas con carbon molido, y rellenando con ella los cañutos les prendian fuego por un lado, y así los daban á los huéspedes para que los tuviesen en las manos y gustasen de su buen olor, y así en los principios no eran otra cosa que un perfume para deleite del olfato; pero despues en los tiempos subsecuentes tuvieron otro uso, porque

prendiéndoles fuego por un lado, chupaban por el otro, y tragaban aquel humo. Esto no solo les servía de delicia, sino de medicina, porque decían que les fortificaba la cabeza, y les aliviaba cualquier dolor de ella, fortalecía los miembros cansados, hacía expeler la flema, y finalmente le atribuían otras muchas virtudes.

El célebre protomédico Francisco Hernandez, que vino á estos reinos de orden del emperador Carlos V., recién descubiertos y conquistados, en su gran obra intitulada *Historia Plantarum Indiarum*, digna por cierto del mayor aplauso, contesta en estas mismas virtudes de los poquietes, á quienes llaman tabacos, del nombre que daban en las islas y otras partes á esta yerba yetl, hoy tan conocida por el nombre de tabaco, de la que como ya dije distinguían los naturales de este reino tres especies, el yetl, que es el tabaco de oja larga, el picietl que es el de oja menuda, que esto es lo que significa la voz, compuesta de piciltic, *cosa menuda*, y yetl la dicha yerba, y quahyetl que es la misma crecida y ménos estimada, que hoy llaman tabaco cimarron ó silvestre. De la segunda especie, por ser la mas fuerte, comenzaron á usar en los últimos tiempos sola, sin mezcla de otra, y sin ponerla en cañutos, sino enrollando las ojas, y haciendo de ellas mismas los cañutos, que encendidos por un lado se chupan por el otro, y á estos llaman el día de hoy puros, esto es, la yerba pura y sin mezcla de otra cosa, á distincion de los que llaman cigarros, que se hacen de la misma yerba, desmenusada y envuelta en papel, ó en la hoja interior de la masorca del maiz, que es muy delgada, y llaman tetomotziltli, formando de unos

y otros unos cañutitos mas delgados que los de carrizo.

El año de 1571, en que el Padre Fr. Alonso de Molina dió á luz su vocabulario en lengua mexicana y castellana, me persuado á que todavía el tabaco no era conocido por este nombre, porque no trae tal voz en el vocabulario castellano, y en el mejicano que trae la voz picietl, que es su propio nombre en este idioma, dice así: *picietl yerba como veleño, que es medicinal*. Muñoz Camargo en su crónica de Tlaxcallan, que escribió por los años de 1566, hablando de las ofrendas que hacían los tlaxcaltecas á su dios Camaxtle, dice que una de ellas era el picietl, *que es una yerba como veleño*: y en realidad todos le dan la calidad de narcótica, pero no hace mencion de tal voz tabaco. En el idioma nahuatl ó mejicano el nombre genuino de estos poquietes es pocietl, que quiere decir *yetl que humea*, ó *yetl de humo*, porque es compuesta de la voz pocoyo, que significa *cosa que humea*, participio del verbo popoca que significa *humear*, y de la voz yetl que es la dicha yerba (1). Tambien le daban el nombre de acayetl, que significa *caña de yetl*, de la voz acatl la *caña*, y yetl la yerba de que tratamos: y así el padre Torquemada, refiriendo este mismo suceso de que hablamos, dice que salieron detras de Nezahualcoyotl muchos criados *con flores y acayetes*, castellanizando la voz cayetl.

Habiendo, pues, hecho el príncipe este saludo y cumplimiento á los capitanes, les habló con mucho agrado

(1) De aquí se deriva popocatepetl, esto es, *monte que arroja humo* con cuyo nombre se conoce uno de nuestros mas célebres volcanes.—E.

do y afabilidad, sin mostrar cuidado ni turbacion; no asi los capitanes, que demudado el semblante, y conturbados, viendo que para ejecutar prontamente la órden que llevaban, como habian pensado, era muy poca su gente en comparacion de la que acompañaba al príncipe, correspondieron al saludo, fingiendo atenciones, y tomando la voz Xochicalcatl, dijo que venian enviados del emperador á darle cierto mensaje, para el que era necesario estar solos; y así que hiciese retirar á aquellos caballeros y criados que le acompañaban.

Respondió el príncipe con mucha serenidad que la hora no era oportuna, porque era el mediodía; que comiesen y descansasen, y despues recibiria el mensaje del emperador: que tomasen asiento; que al punto se les serviria la comida, y él tendria el gusto de verles comer desde su tlahtocacpalli, que estaba enfrente en el salon siguiente, y en acabando de comer saldria á recibir la embajada.

El tlahtocacpalli, ó tlatocatzacpalli, era la silla ó trono real de que usaban los monarcas y príncipes. Estaba colocada sola en el testero de la sala, la mejor, ó de las mejores y mas capaces de sus palacios. Por uno y otro lado de la sala habia muchos asientos en filas, unos tras otros, para los ministros, capitanes y demas personas que debian asistir con los reyes á tratar los negocios que se ofrecian en materias de estado, guerra, justicia y demas. El príncipe Nezahualcoyotl, aunque despojado de su reino, conservaba los honores de la magestad en el uso del tlahtocacpalli. Aceptaron de muy buena gana los capitanes la propuesta, para dar tiempo á que llegase el resto de su tropa, con que poder asegurar su faccion.

Es cierto que hace novedad el extraño modo de proceder del príncipe Nezahualcoyotl en este lance, y no es facil adivinar qué objeto ó cual era su proyecto en ello, ni autor alguno de los que he visto toca ni ligeramente el punto: porque sabiendo el fatal golpe que le amenazaba, no teniendo fuerzas proporcionadas con que defenderse de él á cara descubierta, y sobre todo estando ya resuelto á evadirlo con la fuga ¿á qué fin estos obsequios, y esta demora, con que dar tiempo á los enemigos á que llegando el resto de su tropa, los pudiese en estado de lograr mas facilmente su intento, al paso que á él se le dificultaba mas el salir del riesgo? Yo sospecho que aunque manifestó condescender con el dictámen del infante Quauhtlehuanitzin que dejo referido, en su interior no depuso enteramente el suyo de resistir descubierta y declaradamente la tiranía de Maxtla, y nimiamente confiado en sus vasallos de Tezcoco, por la noticia que tuvo de la conmocion que habia habido en el suceso del labrador, que dió motivo á sus parciales y confidentes á declarar la verdad para aquietar al pueblo, se persuadió á que en sabiendo este el designio del tirano, y viendo en su ciudad á los que iban á ejecutarle habia de alzar el grito en su defensa, y ponerle en estado de resistir la fuerza con la fuerza, sin recurrir á la fuga.

El padre Torquemada, que refiere este suceso, nada dice del anterior del labrador, ni de la noticia que dió el hombre de Coahuatepec á su señor, ni de la venida de este y los otros caballeros á Tezcoco, y así figura á Nezahualcoyotl ignorante de los intentos de Maxtla, y dice que el ver venir aquellos capitanes y gente de Azcapuzalco armada, le hizo sospechar que fuese

contra él esta prevencion, y se valió de estos cumplimientos para entretenerlos y poder él huir en la manera que despues diré. Aunque así fuese, no dejan de ofrecerse algunos reparos, pero no seria tan extraño este modo de manejarse en tal lance: mas habiendo yo de seguir á los autores nacionales, quienes refieren los sucesos en la manera que los dejo sentados, con todas las demas menudas circunstancias que quedan referidas, no hallo á qué atribuir este modo de proceder, sino á las grandes esperanzas que habia concebido de que los tezcocanos, viendo su peligro, se declarasen contra el tirano, y le pusiesen en estado de poderse defender sin huir.

~~~~~

CAPITULO XLVII.

*Retirase el príncipe á otra sala mientras que comen los capitanes de Azcapuzalco, y entretanto huye, y se acoge en la casa de un caballero su parcial. Búscanle en ella sus enemigos, y escapa escondido debajo de un monton de ixtli. Segunda vez escapa de ellos debajo de unos manojos de chian, y se retira á pasar la noche al bosque de Tezcutzinco.*

Habiendo aceptado los capitanes el convite del príncipe, para asegurar mejor su faccion les hizo este tomar asiento, y mandó que les sirviesen la comida. Dijoles que entretanto que comian él se retiraba al salon siguiente á verles comer. Hizolo así y sentado en su tlah-tocaicpalli, desde él estuvo mirando servir la comida á los capitanes, y estos igualmente le veian desde sus asientos.

Entretanto que comian llegó la demas tropa de Az-

capuzalco, y entraron en la sala otros muchos capitanes y gente principal en demanda de los cuatro primeros. Violos el príncipe, y al mismo tiempo entró un criado suyo de confianza llamado Coyohuatzin, y le dió noticia de que habia llegado considerable número de tropa, que se habia repartido en las inmediaciones de su palacio y en otros parages de la ciudad. Viendo pues el peligro tan inminente, creyó que ya era tiempo de poner en práctica su fuga, y para ello mandó á Coyohuatzin que echase harta cantidad de zahumerio en el bracerero, para oscurecer la sala con el humo. Era costumbre entre ellos tener braceros en las piezas principales en que recibian, y en los salones de los príncipes habia por lo ménos dos, uno de cada lado, y era accion de respeto en los criados el echar zahumerios de varias yerbas y resinas olorosas, especialmente la del copalli, todas las veces que entraban y salian por ellas á los menesteres que se ofrecian.

Cumplió Coyohuatzin la órden de su señor, y luego le mandó que fingiendo que iba á salir á la otra sala en que estaban los capitanes, se parase en la puerta, y en ademan de sacudir su manta, extendiese con ella los brazos para cubrir la puerta, y que así se estorbase la vista. Hizolo así Coyohuatzin, y entre tanto el príncipe desviando la silla real, se salió por un agujero que habia detras de ella, el que dicen tenia hecho á prevencion, para poder escapar en lanze semejante, y que este fué consejo que le dió su tío el rey Chimalpopoca ántes de morir. Salió, pues, por el dicho boquete de la pared, volviendo á estirar la silla que le cubria, y por unas piezas excusadas de su palacio se encaminó á una puerta falsa y oculta que estaba á las

espaldas de él, en donde le aguardaban ya algunos de sus criados que le tenían allí prevenidas otras ropas, las que con toda brevedad se mudó para disfrazarse, y tomando sus armas partió luego solo, dejando ordenado que le siguiesen los señores de Cohuatepec y Huexotla, con otros caballeros y algunos de sus criados que señaló, no todos juntos, sino separados y por diversas veredas, que los esperaría en el bosque de Tecutzinco. Dirigióse por aquellas calles que le parecieron de ménos concurso, para ir mas seguro, y sin embargo advirtió por todas partes apostadas tropas de Azcapuzalco, y así determinó entrarse en la casa de un caballero de su séquito, llamado Tozmantzin, que estaba en un arrabal nombrado Còxtlan á la salida de la ciudad, sin atreverse á pasar adelante, por temor de que en los extramuros hubiese tropa, que pudiese seguirle en escampado, donde no había parage en que esconderse. Recibióle Tozmantzin con expresiones de mucho afecto y lealtad, y procuró consolarle en su infortunio, persuadiéndole á que se mantuviese allí oculto hasta poder salir en hora y ocasion que no peligrase su persona.

Entretanto los capitanes, habiendo acabado de comer, esperaban á que les avisasen para entrar en la sala á tratar su fingido negocio, y ejecutar cumplidamente su designio; y aunque despues que se apartó Coyohuatzin de la puerta vieron que faltaba el príncipe de su asiento, se persuadieron á que se hubiese puesto en otro lado de la sala; mas viendo que pasaba mucho tiempo, y que no parecia por allí criado ninguno de la casa, ni de aquellos caballeros del séquito del príncipe (porque los mas se habian retirado á su destino de seguirlo, ó

á sus casas, luego que él salió de palacio) entraron en sospecha, y resolvieron entrarse en la sala sin esperar á que les llamasen. Así lo ejecutaron, y no hallando en ella al príncipe, ni á otro alguno, penetraron á las demas piezas en su busca, y habiendo hallado en la siguiente á Coyohuatzin, le preguntaron por el príncipe, á que él respondió: „Yo no sé donde está, sentado le teniais enfrente de vosotros, y si siendo tantos, y viendo en su busca, se os ha desaparecido, ¿qué tenéis que preguntarme á mí?” Irritado Xochicalcatl de la respuesta, mandó que le diesen muerte; mas él con notable entereza se ofreció diciendo: „Matadme enhorabuena, que con mi muerte poco ó nada se gana ni se pierde; no por eso se ha de acabar el tan antiguo imperio de Tezcoco, ni ha de dejar el príncipe de proseguir la guerra en defensa de él y de su persona.”

Pasmados todos de su entereza, nadie se atrevió á ejecutar el golpe, y ansiando todos haber á las manos al príncipe, se derramaron por las demas piezas del palacio en su busca, y dejaron libre á Coyohuatzin que al instante procuró salirse de allí, y poner en salvo su persona. Registraron los capitanes todo el palacio, y no hallando al príncipe lo abandonaron y al disimulo dieron orden á su gente para que le buscasen por todas partes, y en hallándole le diesen muerte.

Dividióse la gente por toda la ciudad, y se dirigieron inmediatamente á las casas de aquellos señores y principales caballeros que eran mas allegados y confidentes del príncipe. Cateáronlas todas, y maltrataron mucho de obras y de palabras á todos los dueños de ellas porque declarasen en donde estaba; mas no pudieron



sacar de ellos ni de sus familias noticia alguna de él. Pero no faltó un traidor, que habiéndole seguido y visto entrar en casa de Tozmantzin, vino á dar luego noticia á una de las partidas que andaban en su busca; ocurrió esta al punto á la casa, y sin duda hubiera logrado su intento, si la lealtad de Matlalcihuatzin muger de Tozmantzin, no hubiera arbitrado con viveza un ardid con que salvarle la vida, burlando á los enemigos.

Todos los vecinos de este barrio en que vivia Tozmantzin eran tejedores de mantas de nequen, que las fabricaban del hilo que sacaban de las pencas del maguey á que llaman ixtli, y Tozmantzin era el gefe ó superintendente de estas fabricas, por cuya causa traian á su casa todo el ixtli que se habia de emplear en ellas, y él lo repartia á los tejedores en la porcion debida. Con este motivo habia en la casa una pieza para almacenar el ixtli, en que se encerraban grandes porciones de él. Luego que Matlalcihuatzin vió llegar á los enemigos, corrió para adentro, y mostrándose asustada, y haciendo entrar al príncipe en el almacén del ixtli, le echó encima una gran porcion de él, con que quedó enteramente cubierto. Preguntaron los enemigos á Tozmantzin por el príncipe, que sabian habia entrado en su casa; nególo Tozmantzin, y aunque le hicieron muchas amenazas para que lo declarara, se mantuvo constante en su negativa, por lo que redujeron á la ejecucion las amenazas y fueron tantos los golpes y heridas que le dieron, que le dejaron tendido en el suelo por muerto. Entraron á buscar al príncipe por toda la casa, y no encontrándole en ella, quisieron obligar con amenazas á Matlalcihuatzin á que le descubriera, mas ella negó constantemente tenerle allí, ni haberle visto, por lo que

experimentó los mismos malos tratamientos que su marido, é igualmente todos los criados y personas que se hallaban en la casa, quienes con la misma constancia y fidelidad guardaron el secreto, á pesar de los golpes y heridas que recibieron.

El padre Torquemada refiere este suceso, diciendo que acaeció en una aldehuela cerca de la ciudad, llamada Cohuatlican, y que murieron Tozmantzin y su muger; pero los autores indios asientan, como he dicho, que era un arrabal de la ciudad, llamado Coatlan, y no Cohuatlican, que esta era ciudad grande y cabeza de reino. En cuanto á Tozmantzin y su muger asientan que no murieron, aunque quedaron maltratados y heridos, y que despues que Nezahualcoyotl cobró su reino les hizo muchas mercedes; y solo D. Fernando de Alba dice que de resultas de los golpes murieron dos viejos que se hallaron allí en la ocasion.

Luego que los enemigos salieron de la casa fué Matlalcihuatzin á sacar al príncipe de la prision del ixtli en que estaba, y le dió cuenta de todo lo acaecido. Agradecióle mucho el príncipe el beneficio que le habia debido, y prometió recompensarlo cuando recobrase su imperio, como esperaba con el favor del Dios Criador Todopoderoso; pero no le pareció conveniente mantenerse en la casa, sino seguir su camino al bosque de Tecutzinco, donde con mas seguridad podia ocultarse y juntarse con aquellos á quienes habia dado orden de que le siguiesen, y así, haciendo reconocer si habia por aquellas cercanias algunos tecpanecas, y avisándole que no parecia por allí ninguno, salió prontamente, y siguió su rumbo, metiéndose por unos sembrados para ir mas oculto.

Iba vigiando por todas partes, y al subir una loma divisó una partida de enemigos que seguian el mismo rumbo, aunque ellos no lo vieron, y aligerando el paso cuanto pudo, llegó á un parage en que estaba un hombre, llamado Chichimoltzin, con su muger, nombrada Cozcateotzin, cosechando chian. Es esta una planta que crece á media vara de alto, y produce una semilla muy menuda, semejante á la que los españoles llaman zaragatona; hacian mucho uso de ella estos naturales, porque sacaban cantidad de aceite, y le sacan en el dia de hoy, que les servia para sus pinturas; preparaban con ella diferentes bebidas, ó cruda, ó tostándola, ó reduciéndola á polvos sola ó mezclada con otras cosas, ya para alimento, ya para refrigerio, por ser muy fresca. Al presente solo se usa cruda, echándola en agua, donde se esponja y despide por toda su circunferencia una sustancia mucilaginosa, que espeza el agua, y con el dulce proporcionado de azucar ó miel es grata al paladar, y se usa mucho para refrescar en el tiempo de calor. Estaban, pues, estos labradores segando chian, al tiempo que llegó el príncipe, y les dijo que venian tras él no muy léjos los tecpanecas á matarle, y no sabia que hacer para escapar la vida; ellos entónces le dijeron que se echase en tierra, y arrojando sobre él una crecida porcion de manojos de chian, le cubrieron con ella.

Llegaron á poco rato los enemigos, y les preguntaron si habia pasado por allí ó habian visto á Nezahualcoyotl á lo que respondió prontamente la muger: „ Si señores, rato ha que le vimos pasar muy apresurado, y á lo que entiendo va por el camino de Hue-xotla; si le quereis alcanzar, es menester que os deis

„ prisa, porque él iba muy veloz.” Con esto marcharon luego los enemigos en su demanda por el camino que Coscateotzin les señaló, con tanta prisa, que á poco tiempo se perdieron ya de vista, y entónces saliendo el príncipe de debajo de los manojos de chian, dió las gracias á sus bienhechores, prometiéndoles la recompensa si el Dios Criador le concedia volver á recobrar su imperio; y sin embargo de haberse ya puesto el sol, caminó para el bosque de Tecutzinco á esperar allí á sus amigos y criados.

Este dia de la fuga de Nezahualcoyotl le señalan los indios en sus mapas con el símbolo de la *lagartija* en el número primero; y segun el cómputo que voy siguiendo, fué el dia veinte y tres del mes de julio de 1427.

---

#### CAPITULO XLVIII.

*Continúa su fuga el príncipe Nezahualcoyotl por caminos extraviados en que le asaltan varios peligros, de que le liberta la fidelidad y amor de sus vasallos, ocultándolo, y exponiendo sus vidas por libertar la suya.*

No tardó Maxtla en saber todo el suceso, y la fuga de Nezahualcoyotl, porque sus capitanes tuvieron buen cuidado de avisarle prontamente de todo. El entónces, lleno de enojo y rabia, viendo que se le escapaba de las manos la presa, echó todo el resto de su furia, y mandó luego y sin dilacion publicar un bando en su corte y en todos los lugares comarcanos, en Tezcoco y sus contornos, por el cual declaraba traidor al